

HERMAN HESSE, UN ARISTOCRATA DE LA LITERATURA

Por Jorge Cardoso Isaza

Hace unos años, dos quizá, en el pródigo refugio de la tranquilidad hogareña, me embelesaba la lectura de un libraco legado a mis manos en alas del azar. Su título, **Demián**; su autor, Herman Hesse. Era, ante todo, la curiosidad la que me inclinaba sobre las hojas amarillentas de la rústica edición. Pero hecho el comienzo, lo demás fue fácil.

La atrayente personalidad del autor dejaba entrever sus características por sobre las líneas impresas. Era atractiva, tenía un sabor especial. Hesse era desconocido para mí, y nunca pensé que en forma tan imprevista llegara a conocerlo. Básteme repetir lo dicho: no tenía noticia alguna de su existencia. Pero de entonces acá he sido un asiduo lector de sus obras. Y es raro, lo expreso con franqueza, que las obras hasta hoy publicadas por Hesse hayan tenido copiosa acogida y hayan constituido verdaderos éxitos de librería. Raro, en verdad. Son manchones luminosos soltados en el firmamento de la literatura: pero de una literatura especial y contundente. Porque lo que atrae en ellas no es el diálogo vivo, ni la fijeza de los caracteres, ni la fluidez del lenguaje. Su estilo es florido, sin llegar a fastidiar. Sus personajes son cambiantes, exquisitamente cambiantes. El diálogo, en las partes que lo hay, nunca llega a ser vivo. Parece que los personajes se arrepintieran de decir lo que han pensado cuando apenas han expresado la mitad de su pensamiento.

Lo verdaderamente asombroso en el género de esa literatura es su sabor filosófico, encaminado por un exquisito análisis del alma. Cada una de las obras de Hesse es la descripción palpitante del alma en relación con la vida común que todos llevamos. En **Siddhartha**, el ansia de conocer lo Omnipotente, lo Eterno, lo Bello, está plasmada con tintes de epopeya. El personaje central de la narración es un joven de rancia familia que ansía lograr su perfección interior. Ya situado en ese plano, el resto es poesía del alma escrita en prosa y dada a conocer al lector por partes, con sencillas palabras, con realismo sin límites a veces. Son etapas de la vida de todos que el autor ha logrado concretar en una obra con prodigiosa originalidad.

Es verdad que nunca he estado de acuerdo con el fin filosófico que per-

siguen sus obras, ni con el ángulo desde el cual enfoca la visión de su mundo interior; pero si el lector logra situarse en ese ángulo y enfocar plenamente, con todas las fuerzas de su alma, la sencillez del autor de las líneas que lee, seguramente podrá comprender por qué Hesse es un aristócrata de la literatura. Es porque su material no es el mismo de las novelas comunes, ni la fuerza de su atracción radica en los elementos usados por el común de los novelistas. Para Hesse el tiempo es solamente una relación de orden y no una relación cronológica. No lo sigue; solamente ordena hechos que tienen que ser por las inmutables leyes de la naturaleza. Pero desprecia el tiempo y el espacio. El espacio para él es solamente un sitio que no tiene medida palpable. No importa su dimensión. Lo que interesa en su existencia, para poder desarrollar plenamente la evolución de su pensamiento. Son, como él ha querido hacerlos, elementos aparte de sus personajes que en veces llegan a modelar las mismas circunstancias, y es entonces cuando Hesse, personificado en uno de ellos, logra la completa abstracción, el absoluto dominio indirecto de su yo, llegando a vivir con el lector los episodios que él mismo ha creado.

Alguien anotaba: las obras de Hesse son perjudiciales: son como las drogas heroicas, que producen gran placer mientras dura su efecto, haciendo vivir a quienes bajo él se encuentran episodios violentos, emocionantes, profundos; pero al volver el paciente al control de la materia, se encuentra con la irrealidad en que vivió mientras ese efecto persistió en su organismo. Yo diría lo contrario: sus obras son una realización más o menos completa del mundo en que vivimos, porque son la conclusión del alma anhelante de nuestro tiempo.

Tal vez haya quienes disientan de mi manera de pensar. Pero habrá algo más sublime, más digno de encomio que ese afán de liberación puesto por Hesse en boca de su personaje Siddhartha, cuando éste va camino de sí mismo?: "Siddhartha hablaba con entusiasmo, pues la luz que se había hecho en él lo colmaba de alegría: Oh sí!, comprendo ahora que el sufrir, las zozobras y todo aquello del mundo que nos es hostil y agobiante únicamente existe en el tiempo; y que todo ello desaparece y se supera una vez vencido éste, desde el momento en que mediante el pensamiento hacemos abstracción de él".

Es evidente que no se ciñe a la manera clásica del pensamiento que quiere hacer aparecer el sentimiento como un producto modelado por el yo, sino que su visión del mundo es otra: El tiempo es el determinante del momento actual, pero cuando se logra vencer con la abstracción del pensamiento deja de ser determinante y llega a ser absorbido por el yo. Por eso decía que en Hesse el tiempo no cuenta en lo que se refiere a la evolución material de sus personajes. El espacio en sus obras es igualmente abstracto: Solamente es una entidad reducida a su más mínima expresión. Tal vez podría decirse: El tiempo no corre. El pasado, el presente y el futuro están intrínsecamente en el yo, una vez verificada su abstracción; y el espacio es tan solo un factor relativamente necesario para lograr la feliz realización de sus ideas.

A lo mejor dentro de un tiempo las obras de Hesse dejarán de tener actualidad. No importa. Por ahora son la más fiel expresión del sentimiento personal e íntimo de una sociedad agobiada por el espacio y por el tiempo. O quizás adquieran mayor pujanza a medida que los días vayan pasando. Pero quienes hemos leído sus obras y saboreado ese yo íntimo de que habla, recordaremos siempre con agrado tan deliciosas lecciones de humanidad. Nos deleitaremos relejendo **Demián** y **El Lobo estepario**, **Siddhartha** y **Narciso** y **Golmundo**, como episodios de nuestra propia vida.

JORGE CARDOSO ISAZA

DERECHO
Y
CIENCIAS SOCIALES

